SANTA TERESA DE JESUS Y EL CUARTO CENTENARIO DE LA REFORMA CARMELITANA

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Acertadísimo estuvo el maestro fray Luis de León cuando, en carta dedicatoria dirigida a la priora y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid, en 1587, dijo: “yo no conocí, ni ví a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas agora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros; que a mi juicio, son también testigos fieles, y mayores de toda excepción, de su gran virtud”.

Estas mismas palabras del teólogo y poeta salmantino son las que nos cumple repetir al conmemorar, cuatro siglos después, la obra de la reforma carmelitana, porque realmente según las palabras del *Eclesiastés*, que aduce el maestro, *El hombre en sus hijos se conoce*, puesto que más claramente que el rostro y las palabras revelan la virtud del alma los frutos que deja tras de sí la vida de cada cual.

“Ansí que la virtud y la santidad de la madre Teresa —concluye fray Luis— que viéndola a ella, me pudiera ser dudosa o incierta; esa misma agora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierto muy claras. Porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ella Dios agora hace, y por ellas”.

Y si por la santidad de vida de las religiosas deducía el maestro León cuán grande debía ser la santidad de la reformadora del Carmelo, por los libros que escribió Santa Teresa se advierte cuan caudaloso era el tesoro de gracias y dones que le otorgaba el Señor, pues privada de las obras de orden religiosas en romance que solía leer cuando la Iglesia prohibió tales traducciones, le fue ofrecido por Dios darle libro vivo.

“Yo no podía entender —dice la Santa en su vida— porque se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones. Después, desde ha bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero donde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo

que ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!". (Vida, cap. XXVI).

He aquí el don de sabiduría, que ilustró a la madre Teresa de Jesús en perfectísima virtud teologal que la hacía vivir en estado de unión con Dios; el don de entendimiento, que le dejaba entender las cosas sobrenaturales; el don de ciencia, que le hacía amar en Dios todas las obras salidas de las manos divinas; el don de consejo, que le dio aquel tino, prudencia y acierto con que llevó a cabo la reforma carmelitana en las órdenes de frailes y de monjas y le guiaba en la obra de sus fundaciones, y el don de piedad que le llenaba de santa alegría y de fraterno amor universal en Dios y como hija de Dios.

El don de la fortaleza la encendía en heroicos deseos de servir a Dios y de padecer por El, y el don de temor le hacía fincar en El toda esperanza de perfección y de virtud al par que todo alejamiento de cuanto pudiera desagradarlo u ofenderlo.

Todas sus obras, pues, son manifestaciones de estos dones que en su alma había derramado el Espíritu Santo, cuyo fruto se prolonga en su orden monástica y nos muestra a la madre Teresa tal como quiso Dios que fuese en la tierra y "más ahora que vive en el cielo", para repetir el sabio concepto de fray Luis de León.

Y como él dice en la antes citada carta, que desde que se imprimió con las obras de Santa Teresa, en 1588, las acompaña siempre como sabio e inspirado elogio de la santa reformadora, con todos aquellos dones y virtudes de la santa de Avila, quiso Dios que una débil mujer tan animosa, con solo la inspiración divina, pudiera llevar adelante cosa tan grande, tan sabia y tan eficaz "que saliese con ella y robase los corazones que trataba, para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido".

Y el maestro salmantino arguye, con tan grande acierto como en el primer concepto citado arriba, diciendo: "En que, a lo que yo puedo juzgar, quiso Dios que en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en las muchedumbres de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos herejes que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los infieles, que son de su bando, para envilecerle y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente, rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola, que lo desafiase y levantase bandera contra él, e hiciese públicamente gente que le venza y le huelle y acoce".

Fray Luis añade que quiso Dios además, en edad en la que tantos millares de hombres "unos con sus errados genios, y otros con sus pérfidas costumbres, apostillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras".

Hoy esa mujer que Dios puso para alumbrar los entendimientos; esa mujer que no sabía el latín para leer las obras de los sabios teólogos de su siglo y de los siglos precedentes, ocupa un lugar entre los santos doctores de la Iglesia, por declaración del Papa San Pío X, para probar que

dentro de la Iglesia Católica habitan la verdad y la virtud; y allí, por manera sobrenatural, la hace brillar Dios con luz vivísima en almas como la de la Santa madre Teresa de Jesús, en cuyos escritos, como dice Menéndez Pelayo de los de San Juan de la Cruz, "hay una poesía más angélica, celestial y divina que no parece de este mundo". Verdadero milagro de la gracia y de la mística unión con Dios que obró en el entendimiento y en el traspasado corazón de la madre Teresa".

"Todos nuestros grandes místicos son poetas, aún escribiendo en prosa, y lo es más que todos Santa Teresa —continúa el mismo gran polígrafo español— en la traza y disposición de su *Castillo Interior*".

El segundo milagro dice también fray Luis a las religiosas carmelitas es "la vida que Vuestras Reverencias viven y la perfecta en que las puso su madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la Iglesia primera? Que ciertamente lo que leemos en las historias de aquellos tiempos, eso mismo vemos ahora con los ojos en sus costumbres".

El *Castillo Interior* o *Las Moradas* es un tratado de teología mística; no como exposición teórica, doctoral y científica, sino como la viva expresión de los éxtasis y delirios en que Dios se manifestaba a la madre Teresa de Jesús. Así lo sentía fray Luis de León cuando dijo a las madres carmelitas en su carta, antes citada, que no se podía hacer mudanza alguna en las obras de la santa, "porque eran cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía y que se presume que le movía a escribirlas".

Y puesto que se había referido fray Luis a las dos imágenes en que veía a la santa madre Teresa, que eran "sus hijas y sus libros", dice de la segunda de ellas: "Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras y libros: en los cuales sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo. Porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata excede a muchos ingenios: y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos, me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo, sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano: que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee".

Y añade poco después el maestro fray Luis de León para dar a entender la alteza de las obras de la santa: "Que el ardor grande que en aquel santo pecho vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llamas por doquiera que pasan".

Mas lo que ahora ha suscitado en el mundo religioso la doblada consideración y recordación de la madre Teresa ha sido la fecha cuatro veces centenaria de la iniciación de sus fundaciones, que comenzaron con el convento de San José de Avila, que se efectuó en 1562.

Fue este el comienzo de la obra de fundadora y reformadora del Carmelo, que ella dejó narrada en el libro de *Las Fundaciones*. Hoy para recordar dignamente esta efemérides se han llevado procesionalmente a través de las tierras de España, que ella recorrió para llevar a cabo su santa obra, las reliquias de Santa Teresa, que se conservan en Alba de Tormes. Y el brazo que rigió su milagrosa pluma de la madre Teresa, y el corazón en que ardía el fuego que encendía sus palabras, han vuelto a pasar por aquellas tierras adustas y nobles de Castilla que producen honor y santidad en los pechos de ese pueblo de cruzados.

Así lo estimó y lo declaró en esta ocasión el Cardenal Fernando Cento, que como legado pontificio presidió los actos efectuados en honor de Santa Teresa de Jesús y la Comisión del Apostolado Seglar, preparatoria del segundo Concilio Ecuménico Vaticano. En un rasgo de sincero entusiasmo, al ver la catolicidad del pueblo español y el fervor y el celo religioso con que las multitudes aclamaban al Papa, afirmó que "España fue y será siempre un pueblo de cruzados con los que la Iglesia puede contar en todo momento".